**TEATRO, SOCIEDAD E INCOMUNICACIÓN**

**RESUMEN**

En una sociedad donde cada vez más se tiende a la accesibilidad y a la inmediatez en las relaciones, el fenómeno de la incomunicación impregna uno por uno nuestros vínculos y nuestro medio de expresión más profundo como seres sociales: el arte. En este artículo se hará un recorrido por este concepto tan en boga y por sus efectos y trasvases a través de uno de los medios artísticos que más bebe de la sociedad, a modo de vaso comunicante: el teatro.

Palabras clave: Incomunicación; Teatro; Hipercomunicación; Sociedad; Soledad.

**ABSTRACT**

In a society where accessibility and immediacy in relationships are increasingly sought, the phenomenon of misscommunication permeates one by one our bonds and our deepest means of expression as social beings: art. In this article there will be a panorama of this concept so in vogue and its effects and transfers through one of the artistic media that most drinks from society, as a communicating vessel: the theater.

Keywords: Miscommunication; Theater; Hypercommunication; Society; Loneliness.

1. **INTRODUCCIÓN**

Decía Donald W. Winnicott que “cada individuo es un aislado en permanente incomunicación, permanentemente desconocido, en realidad no descubierto”, mientras mantenía que “en el centro de cada persona hay un elemento incomunicado, sagrado y merecedor en grado sumo de que se lo preserve” (Bareiro, 2011: 47). Últimamente solemos escuchar el término incomunicación frecuentemente; ya sea en los medios o en el día a día, el concepto flota en nuestras relaciones sociales. Pero, ¿a qué nos referimos verdaderamente cuando hablamos de «incomunicación»? ¿Es un síntoma punzante de nuestra sociedad actual o meramente un lugar común? ¿Ha acompañado siempre al ser humano, de manera inherente a nuestra existencia, o es algo propio del hoy? ¿Puede el teatro servir como soporte para explicar cuál es su alcance y significación? Es más, ¿qué tiene que ver el teatro con la incomunicación? A todas estas preguntas, junto a muchas otras, se trata de responder en la tesis doctoral recientemente defendida de quien escribe estas líneas: *El concepto de incomunicación en el teatro como espejo de la sociedad* (Butrón Ibáñez, 2018). En las siguientes líneas, en la medida de lo posible, trataremos de responder sintéticamente a las mismas, teniendo en cuenta la preocupación e interés creciente que detectamos acerca de este fenómeno; y mucho más hoy, cuando nos encontramos en ese momento que podemos calificar de «era de la hipercomunicación».

Ya desde el inicio de nuestra existencia como seres humanos, incluso desde las pinturas prehistóricas, nuestra especie ha intentado comunicarse, construyendo y creciendo en relación con el resto; o lo que es lo mismo, en sociedad, y percibiendo esto como una manera de progresar en armónica y cadente consonancia. No obstante, tal y como ocurre con la cruz y el anverso de una moneda, también desde nuestra aparición hemos soportado contrariedades para comunicarnos, hemos confrontado y discrepado sin otear una solución, un atisbo de comprensión, ya fuera por pura imposibilidad o por carencia de voluntad, por lo que hemos optado por la destrucción como manera de progresar *sobre* el otro. Comunicarnos y relacionarnos, dado que somos seres sociales, se postula como una necesidad a la que se oponen nuestras complicaciones para lograrlo, para sortear las barreras al expresarnos y tratar de ser comprendidos por los demás, por los otros; es decir, el ser humano ha encarado perennemente ese problema que, de forma genérica, calificamos como incomunicación, por lo que es preciso profundizar y continuar investigando acerca de esto. Pero es prioritario hacerlo sin caer en trivialidades, sin perdernos en análisis superficiales y complacientes, para así distinguir el calado de esta problemática; las causas de la incomunicación, tanto en el hoy día como a lo largo de nuestra historia; escrutar todo aquello que conecta este fenómeno con la sociedad; y buscar sendas vías para esquivar y aliviar la incomunicación planteada. Y para ello, proponemos establecer relaciones y comparativas claras y extrapolables entre la sociedad y el teatro como forma de análisis.

1. **EL CONCEPTO DE INCOMUNICACIÓN**

Alcanzar una definición global que explique el concepto de incomunicación es una tarea ardua, puesto que el fenómeno no puede ni debe ser observado únicamente desde un punto de vista comunicológico o filológico, sino también filosófico, psicológico, sociológico y, creemos, dadas sus estrechas vinculaciones, también artística y, en concreto, teatral. Basándonos en los postulados del psiquiatra Castilla del Pino (1989), de los filólogos Piñuel y Lozano (2006), del filósofo Sartre (2009), y de la comunicóloga Romeu Aldaya (2013), entre otros teóricos, podemos acordar que:

la incomunicación es un hecho inherente a la comunicación, en el cual el emisor no logra sino transmitir parcialmente o de forma adulterada la información que desea comunicar al receptor por causa de una irregularidad en el proceso comunicativo; una irregularidad en la que la imperfección de las relaciones sociales humanas, derivadas de sendas barreras psicológicas, ejercen una significativa y decisiva influencia (Butrón Ibáñez, 2018).

Para apuntalar esta definición, es importante distinguir si hablamos de ausencia o de parcialidad cuando nos referimos a la incomunicación: una mirada somera nos lleva a pensar, dada la etimología de la palabra, que el fenómeno supone la negación de la comunicación, la no-comunicación o, dicho de otro modo, su profunda falta o ausencia plena. Sin embargo, para clarificar el debate, debemos preguntarnos: ¿es posible no comunicar ningún mensaje cuando nos comunicamos o, contrariamente, la comunicación existe siempre, aunque el mensaje que el emisor transmite sea interpretado o recibido de manera parcial por el receptor? Si nos apoyamos en Castilla del Pino, vemos que no es siempre necesaria la comunicación para que haya entendimiento, porque esto último “sólo exige la comprensión de lo comunicado, mas no que lo comunicado sea todo lo comunicable” (1989: 25). Por tanto, tal y como apuntábamos antes, más que como ausencia de comunicación, el concepto estaría más próximo a entender la incomunicación, no como un antónimo de la comunicación, sino como una distorsión del proceso comunicativo enarbolada por el ruido,[[1]](#footnote-1) y es así como deberíamos conceptualizar esas distancias entre el Yo y el Otro. Tanto es así, que quizá un neologismo tal como «infracomunicación» sería más pertinente para nuestros propósitos, dado que, sin perder su referencia a la alteración de la comunicación, este término aporta una significación sobre «lo que hay debajo de la comunicación» que sería necesario, no solo aportar, sino también resaltar para acercarnos así al objetivo último de transmitir lo que la incomunicación conlleva en sí misma:

un modo o forma de comunicación «incomunicada», […] no supone una ausencia de comunicación, sino más bien una manera de interactuar que podríamos caracterizar de momento como superficial y efímera, en tanto se da como opuesta a las relaciones basadas en la confianza y la protección que brinda el contacto continuado y próximo entre los sujetos. (Romeu Aldaya, 2013: 13).

1. **TEATRO, SOCIEDAD E INCOMUNICACIÓN**

Así pues, ¿qué tiene el arte que decir ante esto? Como sabemos, el arte es la expresión más profunda del ser humano, su mayor herramienta para comunicar, para transmitir su visión del mundo y todo lo que a ello acompaña: sus ideas, sus preocupaciones, sus emociones y sus sentimientos. El ser humano no es una isla, sino un ser social que necesita comunicarse y relacionarse con el resto para sobrevivir como tal, por lo que es posible rastrear esta preocupación perenne del ser humano por la incomunicación, de manera atávica, casi desde su mismo origen: es posible en la música, en la novela, en la poesía, en la pintura o en el cine;[[2]](#footnote-2) y, de manera privilegiada, en el teatro. Y es que, como toda expresión artística, el teatro es fruto siempre de la sociedad que lo concibe y sus circunstancias específicas; pero además, la incomunicación tiene un papel esencial en el teatro como motor dramatúrgico, lo cual favorece sus claros paralelismos: en la medida en que el conflicto es inherente al teatro, la incomunicación también lo es, porque el conflicto cimienta toda obra teatral y para que éste se produzca es preciso que exista incomunicación en algún nivel, lo cual transforma a este fenómeno en parte integrante e imprescindible del hecho teatral y emparenta a ambos campos: “Es el conflicto, y no el entendimiento, la regla en los actos y fenómenos de comunicación debido precisamente a que el Otro es siempre y justamente Otro en tanto diferente” (Romeu Aldaya, 2013: 13).

Si llevamos a cabo un recorrido a lo largo de la historia del teatro, un hilo conductor, podemos contrastar cómo la incomunicación ha sido un acompañante fiel del mismo, una constante en su temática y su desvelo (Butrón Ibáñez, 2018). Desde la *Antígona* de Sófocles hasta el *Otelo* de Shakespeare, pasando por Calderón de la Barca (García Gómez, 1988), y avanzando más tarde hacia Chéjov, Strindberg o Ibsen hasta llegar al siglo XX, en el cual la incomunicación eclosiona y germina teatralmente en movimientos como el absurdo o el existencialismo, así como el realismo norteamericano -Tennessee Williams-, entre otros tantos, como Bernard-Marie Koltès. Deteniéndonos en dos autores tan dispares como Sergi Belbel y Harold Pinter podemos ver el alcance y hondura de la incomunicación en el teatro, pues si partimos de dos obras con modelos tan enfrentados como *Caricias* (2000) y *El Amante* (2005), es contrastable cómo la falta de reglas en la primeray el exceso de ellas en la segunda produce que una haga eco en la otra. Y es que los personajes, aunque intentan huir del marco en que se contextualizan de manera distinta, a fin de cuentas tienen el mismo deseo: librarse de ese marco en que se encuentran oprimidos. Pero no lo consiguen porque, de igual manera, los personajes sufren lo mismo: incomunicación, motivada precisamente por ese marco al que nos referimos.

Así, a través del teatro, que actúa a modo de vaso comunicante con la sociedad, pues recoge su sentir y su idiosincrasia a manera de imagen dinámica y fidedigna, es posible analizar la relación entre la incomunicación y la intersubjetividad: “el aquí se define porque se reconoce un allí, donde está el otro. El sujeto puede percibir la realidad poniéndose en el lugar del otro, y esto es lo que permite al sentido común reconocer a otros como análogos al yo” (Rizo García, 2010: 11). Los los personajes teatrales experimentan también estos mismos supuestos que podemos extrapolar, y que convierten a la intersubjetividad en “el a priori necesario para la comunicación de lo *decible*, pero no para la real comunicación” (Rizo García, 2010: 14). Pero no solo esto, también la mencionada y punzante incidencia del marco social y también de la soledad; el fracaso del lenguaje verbal como forma de comunicación y la prevalencia del silencio –bien como una forma aún más elocuente de comunicación o como “el apogeo de esa resistencia a comunicar” (Söntag, 1985: 14)-; y los pliegues del lenguaje, que protegen al ser del hombre, a aquello que pertenece a su esfera de intimidad y que éste decide si compartir o no: “Yo sé lo que digo […], pero no puedo decir lo que sé, no puedo decir a qué me sabe lo que digo, no puedo dar a otros a saber ese sabor que siempre se me queda en la punta de la lengua” (Pardo, 2013: 54). Incluso, se puede llevar a cabo una clasificación de las principales razones de la incomunicación en cada sociedad: atávica en la Antigua Grecia; incomunicación moral en el siglo XVII; incomunicación identitaria en la segunda mitad del siglo XIX; incomunicación ontológica durante buena parte del siglo XX; incomunicación del Yo ya avanzado el mismo siglo; e incomunicación mediática en el siglo XXI (Butrón Ibáñez, 2018).

1. **CONCLUSIONES**

Así, a modo de finalización, quisiéramos resaltar dos puntos muy significativos en cuanto a la relación incomunicación-sociedad a través del teatro. Primeramente, debemos tener en cuenta que la incomunicación real:

es vivida, mediante la racionalización, como ilusoria comunicación, como si fuera comunicación real. La racionalización se extiende a toda la esfera de nuestra intimidad [...], hacemos como se nos requiere que hagamos. La racionalización perpetuada reporta finalmente la falsa conciencia de que somos así, de que actuamos en y con libertad (Castilla del Pino, 1989: 107).

Por lo tanto, dado que no podemos verificar constantemente que nuestro mensaje llega tal y como esperamos, que nos estamos comunicando tal y como deseamos, pues debemos vivir en sociedad, debemos cuestionarnos si, paradójicamente, la incomunicación acaba terminando en una forma de adaptación; es decir, si este déficit comunicativo es contestado mediante la imperiosa necesidad del ser humano de supervivir y si ante la imposibilidad de comunicarnos genuinamente, se adopta esta condición limitada para seguir viviendo en sociedad lo más plenamente posible.

Y, por otro lado, si puede rastrearse la adherencia de la incomunicación al teatro desde sus orígenes, es también posible analizar la incidencia del fenómeno en el arte dramático del hoy para extraer conclusiones reveladoras, en un momento en el que la incomunicación se eleva como un concepto cada vez más lacerante. Desgranando el teatro del siglo XXI, de nuestro más cercano presente, a través de nombres como Juan Mayorga –*Animales nocturnos*-, Wajdi Mouawad –*Incendios*-, el mencionado Sergi Belbel –*Caricias* o *Móvil*-, Marc Rosich –con su texto *Party Line*-, Tracy Letts –*Agosto*-, Miguel del Arco –*Refugio*-[[3]](#footnote-3), Andrew Bovell –*Cuando deje de llover*- o, de manera más general, el teatro de Rodrigo García, Pascal Rambert, Angélica Liddell o Rafael Spregelburd, entre otros muchos autores, directores, compañías o creadores cuyo análisis rebasan las posibilidades de este artículo, podemos encontrar que, junto a las anteriores causas y consecuencias de la incomunicación ya referidas, en el hoy, en esa modernidad líquida de la que Bauman hablaba -en la que el compromiso y lo sólido se debilita en pos de la fragilidad de las relaciones humanas y la licuación de los valores (2002)-, ejercen una poderosa influencia la hipercomunicación y la infoxicación –dando a lugar una paradójica «incomunicación de la hipercomunicación»-; el neoliberalismo, los mecanismos del poder y el consumismo; y el espacio como fuente privilegiada de incomunicación –principalmente, los espacios urbanos, con fenómenos como la mixofilia, o los no lugares que Augé acuñó (2009)-.

Así pues, como vemos, la incomunicación es un proceso en auge en nuestra sociedad, que siempre nos ha acompañado, pero que en el hoy encuentra especial sustento: el teatro es una herramienta privilegiada –dada su condición de motor dramatúrgico- para detectar sus raíces y combatirlo, para ofrecer un espejo al ser humano a partir del cual, si bien no liquidar este fenómeno inherente a nosotros, paliarlo, enfrentarlo y desmenuzarlo. Entendamos la incomunicación, por tanto, como conexión o contacto más que relación, como parcialidad más que ausencia, como superficialidad más que como profundidad; el teatro nos permite analizar en el hoy y en el antes la quiebra del diálogo auténtico y la comunicación genuina, que implica un riesgo que debe asumirse y necesita de una escucha activa, de voluntad y de tiempo, además de hallar las grietas emocionales o lingüísticas que la incomunicación lleva a nuestras relaciones como seres humanos. Consiguientemente, continuemos la senda marcada en estas líneas maestras para llegar a nuevos caminos, para examinar las consecuencias futuras de la incomunicación, consonantes con el desarrollo tecnológico, la ruptura y renovación incesante de las relaciones sociales, y la prevalencia de la individualidad, son desconocidas, pero en todo caso verdaderamente alarmantes.

**5. BIBLIOGRAFÍA**

ARCO, Miguel del (2017), *Refugio*, Madrid, Centro Dramático Nacional.

AUGÉ, Marc (2009), *Los no lugares: espacios del anonimato. Antropología de la sobremodernidad*, Barcelona, Editorial Gedisa.

BARREIRO, Julieta (2011), “La problemática de la subjetividad y la clínica en Winnicott: verdadero y falso self”, en *Perspectivas en Psicología* [En línea], Vol. 8, núm. 2, Secretaría de Investigación y Postgrado, Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Mar del Plata, pp. 45-51. Disponible en: http://www.seadpsi.com.ar/revistas/index.php/pep/article/view/41

BAUMAN, Zygmunt (2002), *Modernidad líquida*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España.

BELBEL, Sergi (2000), “Caricias”, en *Obras escogidas [Vol. 2]*, Madrid, Editorial La Avispa, pp. 21-78.

BUTRÓN IBÁÑEZ, Alejandro (2018), *El concepto de incomunicación en el teatro como espejo de la sociedad*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.

CASTILLA DEL PINO, Carlos (1989) *La incomunicación*, Barcelona, Ediciones Península.

GARCÍA GÓMEZ, Ángel María (1988), “Incomunicación en la dramaturgia calderoniana”, en Hans Flasche (ed.), *Hacia Calderón, Octavo coloquio anglogermano (Bochum, 1987)*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, pp. 13-29.

PARDO, José Luis (2013), *La intimidad*, Valencia, Editorial Pretextos.

PINTER, Harold (2005), “El amante”, en *El amante; Escuela nocturna; Sketches de revista*, Buenos Aires, Editorial Losada, pp. 19-66.

PIÑUEL, José Luis y Carlos Lozano (2006), *Ensayo general sobre la comunicación*, Barcelona, Editorial Paidós.

RIZO GARCÍA, Marta (2010), “La vigencia de «La incomunicación» de Carlos Castilla del Pino, 40 años después. Lecturas y reflexiones sobre la intersubjetividad y la (in)comunicación”, en *Medios sociales*, Universidad Complutense de Madrid, núm. 7, pp. 3-20.

ROMEU ALDAYA, Vivian (2013), “Comunicación interpersonal e «incomunicación». Una aproximación a las gramáticas de la desconfianza”, en Marta Rizo García y Vivian Romeu Aldaya (Coords.), *Comunicación, cultura y violencia.* Bellaterra: Institut de la Comunicació, Universitat Autònoma de Barcelona, pp. 11-22.

SARTRE, Jean Paul (2009), *El existencialismo es un humanismo*, Barcelona, Editorial Edhasa.

SÖNTAG, Susan (1985), "La estética del silencio", en *Estilos radicales. Ensayos*, Barcelona, Muchnik Editores, pp. 11-43.

1. El ruido es el elemento clave del proceso comunicativo en lo referido a la incomunicación, englobando, no solo el ruido acústico, sino también toda una serie de fenómenos que crean esa disfunción en la comunicación, esas barreras comunicativas insorteables, y entre los que podemos encontrar la desconfianza, la ambigüedad, el malentendido, la extrañeza, el miedo, la competencia, los prejuicios, las distintas tradiciones culturales, etc. [↑](#footnote-ref-1)
2. Ejemplifiquemos brevemente con nombres como John Cage en la música, Sartre o Camus en la novela, Manuel Altolaguirre en la poesía, Hopper o Munch en la pintura y Antonioni en el cine, entre otros. [↑](#footnote-ref-2)
3. Mención aparte merece esta puesta en escena, cuyo texto y montaje beben profundamente de la incomunicación por expreso deseo de su creador (Butrón Ibáñez, 2018, y Arco, 2017). [↑](#footnote-ref-3)